COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

MI VIAJE AL OTRO LADO DE LA REALIDAD

LEV TOLSTÓI

TRADUCCIÓN DE ANTONIO GARCÍA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Из воспоминаний о переписи*

© de la traducción, Antonio García, 2023
© Errata naturae editores, 2023
c/ Sebastián Elcano 32
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-48-2
DEPÓSITO LEGAL: M-20870-2023
CÓDIGO IBIC: DN
IMAGEN DE CUBIERTA: *La Queue à la fontaine*, Vasili Grigorevich Perov
MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

> «Fueron unos pocos y excepcionales poetas, santos, taumaturgos, sabios o artistas que concebían la brevedad y la fragilidad de la existencia en este planeta como una analogía de lo absoluto e inmutable, y aspiraron con deseo ardiente y pasión temeraria a enlazar en sus corazones el Cielo con la Tierra, insuflando lo perecedero con la brasa de la vida eterna. A menudo fueron desacreditados como locos, pero lo cierto es que la existencia de esos grandes hombres se presenta como un raudal que brota de las fauces sagradas y un sueño hecho figura y persona, fugaces seres vivos empeñados en unir su destino al de las estrellas».
>
> *SAN FRANCISCO DE ASÍS*, Hermann Hesse

El 28 de octubre de 1910, tras una noche de insomnio, Lev Tolstói prepara un bolsón con un par de camisas, un abrigo y un candil. Tiene ochenta y dos años y ha dejado una nota de despedida para su esposa Sofía.

Días antes ha intentado renunciar a todas sus propiedades en favor de los campesinos de Yásnaia Poliana, pero su familia no se lo ha permitido. Toma entonces la decisión, meditada durante años, de marchar y vivir el tiempo que le quede de la forma más humilde y consciente posible.

Se aleja de la casa en la que nació atravesando campos nevados en compañía de su médico y amigo Dushan Makovitsky. El frío es terrible y desde los primeros pasos comienza a adueñarse de los pulmones del anciano. Además, por temor a que los descubran en su huida, deciden recorrer el camino más difícil de entre los varios senderos que llevan hasta la estación de tren de Shchekiko. Desde allí Tolstói envía un telegrama a su amadísima hija Sasha, y a última hora de la tarde llegan al monasterio de Optina, donde hacen noche. Al día siguiente se dirigen al cercano convento de Shamardino para visitar a su hermana, que ingresó allí en 1891. Seguramente, su intención era regresar al monasterio para recluirse entre sus muros, pero antes de hacerlo Sasha aparece en el convento para advertirle de que se ha organizado una suerte de partida de caza para encontrarle. Cambian entonces de planes y los tres se encaminan a la estación de Koselks, para intentar huir hacia el Cáucaso, sin destino fijo, adonde sea que el escritor pueda vivir en paz y de acuerdo con sus propios preceptos.

Con la esperanza de pasar desapercibidos, compran billetes de tercera, pero la fama de Tolstói es inmensa y la gente lo rodea en el andén y una vez en el tren continúa asediándole con preguntas y ocurrencias de todo tipo. Sus fuerzas aminoran casi por minutos y el denso humo de la vieja y destartalada máquina le ennegrece hasta el alma. Tras recorrer unos doscientos kilómetros, Makovitsky constata que la temperatura corporal de su amigo es altísima y descienden asustados en la pequeña localidad ferroviaria de Astapovo. El jefe de estación lo reconoce igualmente y, apiadándose del gran escritor, cuyas toses y debilidad son ya más que evidentes, le prepara un lecho en su propia casa, aledaña al edificio de la terminal. Allí fallece de neumonía pocos días después.

El cadáver fue trasladado de vuelta a su vieja finca de Yásnaia Poliana, donde fue enterrado en un bosquecillo cuyos árboles había plantado él mismo décadas atrás. Tiempo después Stefan Zweig visitó el lugar y afirmó que aquélla era «la tumba más bella del mundo». Es un pequeño túmulo rectangular que surge en la espesura y bien podría confundirse con un leve accidente natural del terreno. No hay lápida, ni inscripción. Al haber sido excomulgado años atrás, tampoco hay cruz. Es la tumba de un hombre que se opuso al Estado, a la Iglesia, a la élite de la sociedad rusa y finalmente también a su familia, defendiendo

un pensamiento tan radical que resultó inasumible. Salvo para él mismo. Tal como proponía George Steiner en su lúcido ensayo *Tolstói o Dostoievski*, Tolstói fue «el disidente por excelencia».

Una década después de la muerte del escritor, Lenin publicó un texto fundamental que explica bien el desenlace de la vida de Tolstói. En *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, el revolucionario denuncia a aquellos que son más radicales que la propia revolución, o más papistas que el papa, con una ambición ética y un ansia tal de justicia que rechazan todo compromiso o acuerdo que no sea final y absoluto. Esta supuesta enfermedad (que cada cual haga su propio análisis clínico) sería la que habría padecido Tolstói a través de su ingobernable pensamiento crítico: fue más cristiano que el cristianismo y más revolucionario que ningún marxismo, y como consecuencia sufrió los sucesivos rechazos no sólo de las instituciones sociales y religiosas de su época, sino también de todos los que lo rodeaban. Pagó un precio altísimo por defender unas convicciones que, sin embargo, son éticamente intachables y hoy siguen teniendo la misma vigencia que entonces, tanto en el plano político y económico como en el ecológico[1].

[1] En distintos lugares de su obra, incluyendo el presente ensayo, Tolstói defendió un sistema político y social que, por un lado, preservara la naturaleza de su degradación, y por otro, considerara los elementos naturales (la tierra, el sol, el aire y el

Y todo ello comenzó con el libro que ahora mismo el lector tiene en sus manos. Pero no corramos tanto.

En 1857, Lev Tolstói se encuentra en París y asiste por casualidad a una ejecución pública. Aquel hecho, trivial en la época, supuso para él la caída de un velo, uno de esos instantes que nos cambian para siempre y permiten que por fin muera algo para que nazca otra cosa. Ese mismo día, escribe a un amigo, le relata el terrible espectáculo, y concluye: «La verdad es que el Estado es una conspiración diseñada no sólo para explotar, sino sobre todo para corromper a sus ciudadanos. De ahora en adelante, nunca serviré a ningún gobierno en ninguna parte». Había nacido un nuevo Tolstói, aunque es probable que ni siquiera él mismo fuera aún consciente de lo que esto significaría para su vida.

Cuatro años después, en 1861, realiza una serie de viajes por Alemania, Italia, Inglaterra, Francia… y cruza la frontera de Bélgica para visitar al gran pensador anarquista Pierre-Joseph Proudhon (que

---

agua) bienes inalienables de toda la sociedad y no privatizables. En un país como España —donde durante décadas de dictadura y de sus secuelas se ha impulsado la concentración parcelaria de las tierras en beneficio de una élite de propietarios, donde la escasez de agua y la politización marcan aún los conflictos vinculados a los trasvases, donde hemos llegado a tener un «impuesto al sol», y donde hoy en día los polígonos eólicos muchas veces se instalan para beneficio de empresas privadas en zonas previamente protegidas por su biodiversidad— no parece que la profética advertencia de Tolstói deba caer en saco roto.

tuvo que huir de Francia y se encontraba allí exiliado tras haber sido condenado a varios años de cárcel por sus críticas a Napoleón III publicadas en *La Voix du peuple*). Ambos pasan noches enteras hablando y el autor ruso corrige las pruebas de imprenta del nuevo libro del francés, *La guerra y la paz*, título que posteriormente reciclaría para su gran obra maestra, publicada por primera vez en fascículos entre 1865 y 1869.

Bajo la influencia de Proudhon, Tolstói regresa a Rusia y decide asentarse en el campo, donde acaba de abolirse la servidumbre, en busca de una vida más honesta y ajena a esas tres pasiones que, tal como él mismo había dejado constancia en sus diarios, durante su vida más urbanita se habían convertido en terribles obsesiones: el juego, el deseo sexual y la vanidad. Pasan entonces cerca de quince años marcados por la serenidad conyugal en los que se gesta su producción literaria más importante: *Los cosacos*, *Guerra y paz* y *Anna Karénina*. A pesar de todo, sigue sin hacerse demasiadas ilusiones con respecto a la naturaleza humana, sus descarríos y su crueldad. De hecho, no debemos olvidar que los cuatro héroes de *Guerra y paz*, así como el Levin de *Anna Karénina*, aún amoldan sus ideales a los de la dura realidad y no muestran demasiada compasión por la desgracia ajena. Por otro lado, el periodo no está exento de violentas crisis de

angustia que anuncian la inminente quiebra definitiva del autor, que relatará en el cuento «Memorias de un loco», publicado de forma póstuma. Sin duda, algo seguía abriéndose paso en el interior de Tolstói, desgarrándole y buscando reconocimiento, ante todo, por parte de él mismo.

En ese momento regresa a Moscú.

Tras instalarse en la ciudad en 1881, sufre una crisis psicológica que para algunos, como Lenin, podría considerarse una mera «enfermedad infantil», y para otros, la brutal confrontación con una verdad de la cual lleva décadas huyendo y que ya no encuentra modo de continuar esquivando.

Todo comienza con el sonido de los silbatos que se cuelan a cualquier hora en su casa de la calle Khamovniki. Poco tarda en descubrir que los pitidos marcan, con crueldad invariable, el ritmo que se les impone a las mujeres, los niños y los viejos que trabajan en las tres fábricas que rodean el inmueble. Tolstói averigua que, durante jornadas extenuantes y por un sueldo que apenas los aleja del hambre, esas gentes se dedican a confeccionar perifollos y floripondios que lucirán las hijas de sus amigos nobles en los bailes de sociedad. Siente vergüenza (como sentimos cualquiera de nosotros al revisar el *MADE IN*… de las etiquetas de nuestra ropa, salvo que hagamos el esfuerzo esquizofrénico de obviar la intolerable

realidad humana que esconden esas palabras). Y esta vez la vergüenza no desaparece al cerrar las ventanas.

Después de semanas de chiflidos taladrándole no tanto los oídos como la conciencia, una tarde decide salir y caminar (¿en qué estado de conciencia realizó ese paseo?, ¿sabía adónde iba o llegó allí por azar?, ¿intuía de algún modo el precipicio existencial con el que se encontraría?) hacia la zona del mercado de Khitrovka y una vez allí se colocó en la cola de entrada del asilo nocturno de Liapín (tal como el lector leerá en las próximas páginas).

Lo que vio allí fue, simplemente, inasumible. Volvió más de una veintena de veces a aquel lugar y así dio comienzo al *viaje al otro lado de la realidad* que se relata en este libro. ¿Y qué fue lo que vio? Seguro que algo muy simple y que, sin embargo, los seres humanos somos capaces de obviar con una habilidad inaudita: vio que los pobres tienen una vida, *una vida propia e interior* tan compleja y tan rica, tan doliente y tan alegre como cualquiera de nosotros o de sus amigos y familiares de la nobleza rusa. Vio que aquellos pobres eran ante todo seres humanos, algo evidente, pero era necesario atravesar el umbral del asilo de Liapín para *experimentar* su humanidad. Desde aquel día ya no pudo volver a pensar o hablar de los pobres sin sentir en su cuerpo, en su mente y en su alma su miseria y lo que ésta implica. Y eso lo cambió todo.

Al principio, el despertar de su nueva conciencia —que, tal como reconoce con brutalidad en este libro, hacía de él mismo un parásito que no necesita trabajar y vive gracias al esfuerzo extremo y al sufrimiento constante que rezuma de las fábricas y los asilos— le llevó a torturar a sus amigos y conocidos para obtener de ellos dinero y apoyo con el fin de remediar la situación socio-económica de los más desfavorecidos. Pero poco a poco fue interiorizando un tipo de análisis mucho más amplio y radical de la situación: ya no se trataba de obtener limosnas, sino de ofrecer una teoría capaz de avalar una transformación completa de la sociedad que hiciera auténtica justicia para todos los seres humanos, tal como se presenta en este volumen.

Comienza así escribiendo un artículo que en abril de 1884 envía al director de la revista *Rousskaïa Mysl*, no sin anotar en su diario en esa misma fecha una advertencia para sí mismo: «Debo ampliarlo». El texto llega tanto a la censura del Estado como a la del Santo Sínodo, y se declara impublicable. Tampoco contaba, por otro lado, con el apoyo más cercano, hasta el punto de que su mujer le había «convencido» de eliminar varios pasajes en los que se establecía un contrapunto entre ciertas escenas vistas en el asilo y otras de su propia vida familiar. Ante esta situación, Tolstói siguió trabajando en el escrito, que desarrolló

sucesivamente y se publicó por fin en 1901 gracias al trabajo de edición de Vladimir Tchertkov.

Aquel texto se convierte hoy en este libro. Y creemos que, en un tiempo como el nuestro —marcado por la espeluznante crisis climática global y el atroz ascenso generalizado de los nuevos fascismos, que contrasta con la indolencia y el cortoplacismo de gobernantes y gobernados, incapaces de ir más allá de falsas soluciones que ni siquiera garantizan la supervivencia de los ecosistemas o de la propia civilización tal como la conocemos—, parece más importante que nunca recordar el pensamiento radicalmente indócil y visionario de un hombre que no aceptó menos que la dignidad y la justicia para todos los seres humanos.

PREFACIO DE ÉMILE ZOLA

Mi querido colega[2],

Me envía usted las pruebas de imprenta del nuevo libro de Tolstói, y me pregunta qué opino de este ensayo. En primer lugar, debo advertirle que no creo que yo tenga autoridad para abordar un tema de tal envergadura. A lo sumo, me acerqué a él cuando escribí mi novela *El dinero*. Y, en segundo lugar, el problema que se plantea en este volumen es tan vasto, tan importante, que carezco de la audacia para examinarlo en unas pocas páginas. Me contentaré, pues, modestamente, ya que desea usted conocer mi opinión al respecto, con contarle cuál fue mi impresión al leer esta nueva obra del gran escritor ruso.

Ante todo, lo que más me interesó fueron las páginas en las que se sigue mostrando como el poderoso

[2] Émile Zola se dirige en la presente carta al traductor al francés de Lev Tolstói, quien le había enviado previamente las galeradas de *Mi viaje al otro lado de la realidad* para conocer su opinión sobre el libro.

analista y el lúcido psicólogo que ya encontramos en *Guerra y paz* y *Anna Karénina*. Me refiero a la parte en la que relata sus visitas a los hospicios de Moscú y sus incursiones temblorosas y angustiadas en las horribles miserias de la gran ciudad. He encontrado ahí imágenes sobrecogedoras, dignas del gran artista que es. También me impactó sobremanera el admirable análisis que hace de lo que significa la limosna, su vínculo inseparable de la vanidad personal del que la ofrece y el paradójico malestar y descontento que deja tanto en éste como en quien la recibe.

Para mí, novelista empedernido, éstas son las páginas más vivas del libro, y me atrevería a decir que las más útiles: las que nos hacen de verdad *ver*, las que permanecerán en nuestra memoria.

Pero, por supuesto, debo hablarle asimismo de la tesis que construye y defiende el autor. Tolstói forma parte de ese gran movimiento, que viene de lejos y continúa creciendo, que condena la vieja caridad y apela tan sólo a la justicia. Frente a los espantosos males del mundo, durante mucho tiempo se pensó que el donativo de los que tienen más a los que tienen menos era el único alivio posible. Hoy se declara que la caridad es perniciosa, que no cura nada y que incluso agrava la herida. Y se exige justicia: una justicia amplia y sólida por la cual todos los hombres posean la misma cantidad de dolor y de alegría.

Cabe pensar que Tolstói, que en última instancia basa su reflexión y su denuncia en el Evangelio, pudiera estar incurriendo en una contradicción con respecto a la secular caridad cristiana, por la cual un pueblo de ricos sostiene a un pueblo de pobres, dando lugar a ese cimiento de limosnas sobre el que aún hoy se sostiene el edificio social a pesar de sus furiosas convulsiones, y que lo ha mantenido en pie durante dieciocho siglos sin desmoronarse. Sin embargo, yo diría que no es así. En el fondo, no se contradice porque sigue siendo partidario de la caridad, pero de una caridad radical y absoluta.

En realidad, la transformación del sistema que propone Tolstói no es complicada ni difícil de entender. Demuestra con múltiples ejemplos históricos que el dinero es pernicioso. Por lo tanto, hay que deshacerse de él, de inmediato y de una vez. De hecho, nos dice, el dinero es tan dañino para el funcionamiento de una sociedad que incluso dárselo a los demás supondría un perjuicio para ellos y un acto que agravaría el proceso de descomposición social. ¿Qué hacer entonces? Abolirlo. A partir de ese momento todos nos marcharíamos a vivir al campo, pues las ciudades irradian por su propia composición y actividad un hálito de pestilencia física y moral. Y cuando ya no haya ni dinero ni ciudades, la gente trabajará y vivirá de su trabajo, y no unos del trabajo de los otros.

Comenzará así la auténtica Edad de Oro y la humanidad por fin será gobernada por la justicia y la alegría.

¡Dios mío! No me cabe duda alguna de que Tolstói tiene razón. El trabajo constituye la gran ley por la que debe regirse la existencia de los hombres, es la fuente de la vida y sostiene el esfuerzo mismo del progreso humano. El dinero, por el contrario, es un simple y convencional medio de intercambio, y si bien ha sido uno de los factores más poderosos de la civilización, ha traído consigo todas las abominaciones, iniquidades e injusticias que ha sufrido la humanidad.

Si el dinero pudiera abolirse de un plumazo, y si al día siguiente de hacerlo los seres humanos pudieran ponerse a trabajar y a vivir como hermanos y hermanas, ¡ah, qué grito de alivio escucharíamos de la pobre humanidad, por fin liberada! Todos los que pensamos desde una perspectiva moral estamos de acuerdo en una cosa, y yo añadiría que lo estamos desde hace mucho tiempo: sabemos que el aire de las grandes ciudades es pestilente, que el uso del dinero es una maldición y que la felicidad definitiva radica en una vida simple en el campo, donde cada cual pueda trabajar con sus propias manos.

Lo terrible, como sabe usted bien, es que estos deseos permanecen incumplidos generación tras generación, mientras la Historia continúa rigiéndose por

fuerzas aparentemente insuperables. Cuando un río fluye hacia el oeste es porque la tierra así lo quiere, y nada en el mundo, salvo algún tipo de terremoto, lo haría volver cauce arriba y fluir hacia el este. De manera parecida, el dinero es un producto del sustrato social. Ha sido y sigue siendo una de las condiciones básicas que aseguran nuestra existencia. Estoy de acuerdo en que debería ser abolido, e incluso puedo imaginar una sociedad en la que ya no tuviera papel alguno. Pero ¡qué hercúlea tarea sería la de hacer retroceder a la humanidad cauce arriba a través de los tiempos para conducirla en dirección contraria a la que ha avanzado hasta ahora!

Tolstói, como todos los nobles soñadores sedientos de justicia, señala el mal e indica con precisión dónde está la tierra de la felicidad universal. Pero no resulta en absoluto sencillo hallar los caminos ni los puentes para llegar hasta ella. Ahora mismo escucho perfectamente la voz del ruso: «No te preocupes, he encontrado el remedio. Me deshago de mi dinero y me pongo a trabajar. Que todo el mundo haga lo mismo y la humanidad estará salvada». ¿De verdad cree él que esto es posible? Y suponiendo que los demás le imitáramos, ¿no surgirían al día siguiente otros problemas más preocupantes?

Tengo mis dudas. A veces pienso que Tolstói es uno de esos predicadores revolucionarios que recorren

los caminos, enfebrecidos por la fe, para dar a conocer la nueva ley de la nueva humanidad sin considerar demasiado los hechos. Otras reconozco que son justo estos pocos elegidos los que cada cierto tiempo ponen el mundo patas arriba y, contra razón, lo hacen mejorar más allá de toda expectativa. Le confieso que siento vergüenza al verme representando aquí el papel del hombre razonable, pero esto es lo que mi pobre razón me hace creer.

En resumen, estoy de acuerdo con la idea de que el dinero podría desaparecer y el trabajo podría convertirse en una necesidad elegida, sustancia común para la existencia general de la humanidad. Aunque no será un hombre, ni siquiera un millón de hombres, quien determinará este cambio. La evolución social llegará a su fin sólo a su debido tiempo, cuando las fuerzas de la Historia se lo permitan. Como decía más arriba, no se puede cambiar el curso de un río, tan sólo es posible crear un nuevo cauce mediante un colosal movimiento de tierras.

En última instancia, el movimiento socialista contemporáneo conduce hacia la supresión del dinero y hacia la reestructuración de las leyes de la propiedad y el trabajo. Algunos indicios pueden llevarnos a pensar que nos encauzamos hacia la tierra ideal soñada por Tolstói. ¿Llegaremos allí mañana? ¿O será dentro de diez siglos?

La vida tiene la eternidad por delante y los siglos son apenas días en el camino de la humanidad.

Con un saludo afectuoso, querido colega,

Émile Zola

PRIMERA PARTE

I

La vida de las ciudades, que hasta entonces me había parecido extravagante, se me hizo de repente odiosa.

El lujo, que en otro tiempo se me antojaba uno de los goces de la existencia, se convirtió en un tormento para mí. Por más que buscaba dentro de mi alma una razón cualquiera para disculpar nuestra vida, no podía observar mi salón o el de los demás sin irritarme: una mesa suntuosamente servida, un magnífico carruaje, los escaparates de los comercios, los teatros y los casinos. Me era imposible no ver junto a todo esto a los habitantes del asilo de Liapín, atormentados por el hambre, el frío y la vergüenza. Ya no podía alejar de mí la idea de que estas dos realidades se enlazaban y que la una era consecuencia de la otra. En otras palabras: había puesto un pie en el otro lado de la realidad.

Este sentimiento triste y amargo subsistió durante mucho tiempo en mí, sin modificaciones ni mezclas.

Pero se agregó después otro, que lo relegó a segundo término.

Cuando hablaba con mis amigos íntimos y con personas conocidas acerca de la sensación que experimenté en el asilo de Liapín, todos me respondían de la misma manera que el primer amigo con quien hablé del particular: aprobaban mi bondad y mi sensibilidad, pero me dejaban entrever que aquel espectáculo terrible sólo había producido en mí tal impresión porque yo era un hombre bueno y virtuoso.

Me creí sus palabras con una extraña sensación de alivio. Y en un instante, el sentimiento de indignación y de remordimiento que antes experimentaba fue reemplazado en mi alma por otro. Estaba satisfecho de mi virtud y deseaba hacer ostentación de ella ante los ojos de los demás. «Sin duda —me decía—, yo y todo el lujo individual del que disfruto no somos los culpables; la culpa es más bien de las inevitables condiciones propias de la vida. Ciertamente, aunque yo cambiase mi forma de vivir, no podría remediar los males que he visto. Si cambiara, no conseguiría otra cosa que hacer desgraciados a mis parientes y hacerme desgraciado a mí mismo, y no por esto serían los demás menos infelices. Así pues, mi tarea no debe consistir en cambiar de vida, sino en concurrir en la medida de mis fuerzas y posibilidades a mejorar la situación de los desgraciados».

Al menos una cosa de todo esto parecía cierta: que yo era un hombre bueno y virtuoso, y que deseaba hacer bien a mi prójimo… Me puse, pues, a meditar un plan de beneficencia, mediante el cual dar pruebas de mi virtud. Así veía aún las cosas… Sin embargo, debo decir que al pensar detenidamente en esos proyectos de beneficencia sentía dentro de mí que aquello no era lo que en realidad hacía falta, pero, como suele acontecer muy a menudo, el trabajo de mi pensamiento y el de mi imaginación ahogaban la voz de mi conciencia.

Por aquel entonces se estaba implementando por primera vez el censo en la ciudad de Moscú. Creí que éste podía ser un medio para poner en vías de ejecución mis proyectos humanitarios y demostrar así mi virtud. Conocía muchas instituciones y sociedades benéficas en Moscú, pero su actividad me parecía mal dirigida e inútil para mis aspiraciones. Se me había metido en la cabeza la idea de inspirar a los ricos simpatía por los pobres de la ciudad, recolectar dinero e implicar en este asunto a personas de buena voluntad. La creación del censo poblacional podía aprovecharse para visitar todas las guaridas de la pobreza, averiguar cuáles eran las necesidades de los humildes y socorrerlos con dinero o con trabajo. Asimismo, era una oportunidad para sacarles fuera de Moscú en busca de mejores condiciones vitales, inscribir a sus hijos en las escuelas y disponer